



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Qué dice la Biblia sobre la
PACIENCIA?



CONTENIDO

Un hombre de paciencia.....	2
Un poeta de paciencia.....	3
Su significado en el Antiguo Testamento.....	5
Su significado en el Nuevo Testamento.....	7
Su máximo significado.....	10
Compañeros de la paciencia.....	16
Las pruebas de la paciencia.....	19
Consecuencias de la impaciencia.....	23
Recompensas de la paciencia.....	28
Su máxima esperanza.....	30

¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE LA PACIENCIA?

Cuando una virtud eterna como la paciencia casi se olvida en las incesantes olas de las noticias de último minuto, comidas rápidas y entregas inmediatas, podemos estar seguros de que nosotros también estamos en alguna parte de la corriente de una potente ola de resaca.

Por tanto, estoy particularmente interesado en recomendar este librito escrito por Dean Ohlman, escritor y editor de investigaciones. El estilo fresco y personal de Dean, combinado con sus estudios en educación y los clásicos, le han dado la capacidad de ayudarnos a vernos por las ventanas del pasado. Sus reflexiones sobre la virtud que nos encanta odiar proporcionan una fresca reflexión en nosotros y en la sabiduría sin paralelo de la Biblia.

Martin R. De Haan II

UN HOMBRE DE PACIENCIA

De sólo metro y medio de estatura, sus conocidos lo consideraban de una apariencia ordinaria, sencillo según algunos. No obstante, en la abadía de Westminster, el «salón de la fama» inglés, se levanta una estatua de este hombre. La breve inscripción que hay en el pedestal de abajo reza: «Quitó de Inglaterra la culpa del comercio de esclavos africanos, y preparó el camino para la abolición de la esclavitud en todas las colonias del Imperio».

El honrado al ser enterrado en este lugar de renombre era William Wilberforce, un hombre que se ganó el respeto de sus enemigos y amigos por su implacable lucha contra la esclavitud, el trabajo infantil y el abuso contra los animales. Poco después de comenzar su carrera como miembro de la Cámara de los Comunes

inglesa, fue exhortado por John Newton (un antiguo capitán de barcos de esclavos y autor del himno «Sublime gracia») a luchar por el final del comercio de esclavos en Gran Bretaña. El éxito no vino rápido. Pero Wilberforce no era un hombre que se daba por vencido fácilmente. Le iba a tomar 19 largos años alcanzar esa meta.

Terminar con el comercio de esclavos en la madre patria no fue suficiente para él. Continuó tratando de obtener una legislación que aboliera la esclavitud en todo el Imperio Británico. Esto no habría de suceder por otros 37 años. El edicto pasó el voto final sólo tres días antes de que él muriera. Si alguna vez se ha levantado un monumento para honrar la virtud de la paciencia, ciertamente que la lápida de Wilberforce es ese monumento.

UN POETA DE PACIENCIA

Aunque la vida y los escritos de William Wilberforce han influenciado mi manera de pensar en años recientes, hubo otros ejemplos de paciencia que tuvieron un efecto en mi vida mucho antes. Muchas de esas personas me las presentó Ada Moody, mi maestra de inglés de la secundaria. Su propio amor por la prosa inspiradora y por la poesía irradiaban de una manera que muchos de nosotros, adolescentes que de otra manera hubiéramos estado distraídos, no podíamos ignorar. En literatura inglesa, en particular, ella trabajó arduamente para desenterrar las gemas de sabiduría que brillaban debajo de su carga de palabras y frases arcaicas. Fueron especialmente los escritos de John Milton los que necesitaron una cuidadosa explicación de

parte de ella. Una de las primeras obras que recuerdo fue el soneto de Milton titulado «De su ceguedad». El verso final del poema ha permanecido conmigo desde entonces: «También sirven los que no hacen más que esperar de pie».

*También sirven los
que no hacen más
que esperar de pie.*

—John Milton (1608–1674)

Sin embargo, ese verso es sólo un resumen de una gran lección aprendida por este humilde siervo de Cristo. John Milton se quedó ciego a la edad de 43 años después de haber demostrado ser uno de los escritores y poetas más capaces de Inglaterra. El año en que su ceguedad se hizo total fue el mismo año en que Oliver Cromwell destituyó al rey Carlos I. Cromwell protegió

la libertad responsable de la prensa, lo cual permitió que escritores puritanos como Milton publicaran libremente sus convicciones de principios y fe. Entonces, con esta gran oportunidad de escribir, Milton se encontraba minusválido por la pérdida de su visión. Él se preguntaba, de manera pomposa, cómo el Señor del universo podía permitir esto. Lo único que quería era usar su talento para servir a Dios. ¿Cómo podía Dios exigir su trabajo y negar la «luz» con la cual necesitaba trabajar?

«[...] pero la Paciencia, para impedir esa murmuración, pronto replica: «Dios no necesita ni el trabajo del hombre ni sus propios dones; los que mejor llevan su yugo ligero son los que mejor le sirven. Su estado es de realeza; miles a su mandato corren y se apostan sobre tierra y mar sin descansar; también sirven los que no hacen más que esperar de pie».

Por medio de una cuidadosa reflexión en las palabras y los personajes de la Biblia, John Milton aprendió la lección de Job: no somos indispensables para Dios. Sus caminos trascienden los nuestros, sus propósitos triunfan sobre los nuestros. La paciencia personificada se aferra a esta lección con una fe que entiende lo bendecidos que somos en nuestra vida debajo del sol porque Dios es soberano.

Dios permitió a Milton vivir tranquila, reflexiva y pacientemente durante 22 años más, años durante los cuales se hicieron algunas de sus obras más grandiosas: la escritura de la historia moral épica de la humanidad que se encuentra en *El Paraíso Perdido* y *el Paraíso Recobrado*. En la estrofa final de su último poema significativo, «Sansón agonista», vuelve el tema de la paciencia. Reflexionando en la narrativa bíblica del

sacrificio máximo de Sansón en servicio de Jehová, Milton enseña una vez más la lección de que aunque puede que cuestionemos las acciones de la divina providencia, al final su «sabiduría más elevada» demuestra ser suprema. La paciencia nos recuerda que aunque «a menudo Dios parece ocultar su rostro, vuelve inesperadamente».

La grandeza sin igual de la verdad bien pronunciada y la sabiduría espiritual que caracterizan los esfuerzos de tantos de los antiguos maestros de la literatura inglesa dependían primordialmente de una fuente: la Biblia. Aunque el rey Jacobo puso la Biblia a la disposición de las masas en 1611 por medio de la publicación de su «versión autorizada» en inglés, los eruditos como John Milton podían estudiar y escribir a partir de las lenguas originales.

SU SIGNIFICADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El nombre paciencia, aunque es un concepto antiguo significativo en las Escrituras hebreas, no se encuentra en el Antiguo Testamento de la versión de la Biblia del rey Jacobo. En su lugar encontramos el adjetivo paciente. Tal vez sea importante que el primer uso de la palabra esté en una de las primeras listas de los atributos de Dios:

Entonces pasó el SEÑOR por delante de él [de Moisés] y proclamó: El Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad (Éxodo 34:6).

La palabra hebrea que se traduce «lento para la ira» es una de las más comúnmente usadas en el Antiguo Testamento para indicar paciencia.

La idea de «lento para la ira» está grabada en mi recuerdo desde mi niñez. Mi padre era un hombre bueno y lento para la ira. Pero como hacen los niños a veces, mis hermanos y yo probábamos los límites de su paciencia en algunas ocasiones, lo cual daba como resultado alguna disciplina dolorosa. Íbamos a donde mamá (quien era una partidaria siempre lista de la disciplina) esperando encontrar consuelo, y a menudo escuchábamos un dicho que llegó a hacerse conocido: «¡Cuidado con la furia de un hombre paciente!»

Esa fue una buena lección para mí porque mi papá también era un hombre amoroso. Me parece interesante que muchas décadas después, todavía recuerdo la amenaza del castigo, pero no recuerdo ninguna tunda en particular. Su disciplina fue adecuada para la tarea de corrección, pero no tan severa que el recuerdo de un duro castigo

frustrara la lección que yo necesitaba aprender. Éxodo 34:6 define a un Dios así.

Otra forma de aprender lecciones sobre la paciencia a partir del idioma hebreo es mirando los términos que definen lo opuesto. Uno de los términos se usa diversamente para indicar el concepto al que mi madre se refería: probar la paciencia de uno, o finalmente agotar a uno hasta el punto de causar ira o provocar disciplina. Los antiguos israelitas tenían una forma de hacer eso con Dios, y sus profetas consideraban que era necesario recordarles que la paciencia del Señor podía a la larga terminar, y se aplicaría disciplina:

*Entonces Isaías dijo:
Oíd ahora, casa de David:
¿Os parece poco cansar a
los hombres, que también
cansaréis a mi Dios?
(Isaías 7:13).*

En algunas traducciones, la palabra *cansar* se traduce «probar la paciencia de». Sí, se puede abusar de

la paciencia de Dios. No obstante, es esclarecedor descubrir que este pasaje específico viene justo antes de una de las primordiales profecías acerca del Mesías prometido en el Antiguo Testamento (v.14). Juntos los dos versículos nos dicen que el debido final de la verdadera paciencia es un juicio justo. Pero Dios permitió que toda la fuerza de su ira cayera sobre su Hijo Jesucristo para que nosotros, los que merecíamos ese juicio, pudiéramos obtener perdón en su lugar.

Una buena manera de entender los términos del Antiguo Testamento relacionados con la paciencia y la impaciencia es pensar en ellos como palabras que se relacionan con algo «largo» o «corto». La paciencia significa controlar la ira por largo tiempo, soportar las dificultades por un largo tiempo, esperar un largo tiempo hasta que prevalezca lo bueno,

la verdad y la justicia, y luchar por largo tiempo para alcanzar la perfección. La impaciencia queda indicada por la cortedad: en el temperamento, el aguante, la voluntad de esperar lo que es bueno, verdadero y justo, y la capacidad de perseverar en la obra de desarrollar un carácter y una conducta que honren a Dios.

SU SIGNIFICADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Cuando llegamos a los manuscritos del Nuevo Testamento, los cuales se escribieron en griego, es un poquito más fácil encontrar nombres que se relacionan más directamente con el concepto de la paciencia. Las dos palabras griegas primarias usadas comúnmente para la paciencia son diferenciadas por su punto de referencia: una aplica a la paciencia

respecto a las cosas y las circunstancias; la otra se relaciona con la paciencia en referencia a las personas.

Es interesante que el término griego que se relaciona con la paciencia de Dios es casi universalmente el que se refiere a las personas. Un comentarista de la Biblia señala que puesto que Dios hizo todas las cosas, puede hacer con ellas lo que le plazca. En realidad no necesita tener paciencia con las cosas y las circunstancias como lo necesitamos usted y yo. No podemos hacer nada directamente acerca de las muchas cosas que prueban nuestra paciencia. En su mayoría están más allá de nuestro poder de manipular o controlar como lo puede hacer Dios. Pero Dios practica una gran paciencia hacia la gente, no porque no pueda obligarnos a hacer su voluntad sino porque respeta con amor la voluntad de aquellos a quienes hizo a su semejanza. Dios espera con

paciencia que respondamos voluntariamente a la guía de su Espíritu. Es ese mismo aguante lo que el apóstol Pablo tenía en mente cuando escribió:

[...] Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero. Sin embargo, por esto hallé misericordia, para que en mí, como el primero, Jesucristo demostrara toda su paciencia como un ejemplo para los que habrían de creer en Él para vida eterna (1 Timoteo 1:15-16).

Uno de los pasajes más conmovedores que usa este término griego de orientación humana para referirse a la paciencia de Dios se encuentra en la segunda Carta de Pedro:

El Señor no se tarda en cumplir su promesa, según algunos entienden la tardanza, sino que es paciente para con vosotros, no queriendo que nadie

perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

Pablo, reconociendo la importancia de la paciencia como atributo piadoso, mostró su propia práctica de la misma como ejemplo a uno de sus protegidos. En una carta que escribió a un joven pastor llamado Timoteo, Pablo usó los dos términos griegos comunes para la paciencia:

Pero tú has seguido mi enseñanza, conducta, propósito, fe, paciencia [con las personas], amor, perseverancia [paciencia con las cosas y las circunstancias], persecuciones, sufrimientos, como los que me acaecieron en Antioquía, en Iconio y en Listra. ¡Qué persecuciones sufrí! Y de todas ellas me libró el Señor (2 Timoteo 3:10-11).

Otra palabra griega traducida menos comúnmente como «paciencia» indica que la paciencia con las personas

se asocia con una actitud de gentileza y humildad. Esa es la palabra que encontramos en Santiago 3:17:

Pero la sabiduría de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable [humildemente paciente], condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin vacilación, sin hipocresía.

Ten valor para las grandes tristezas de la vida y paciencia para las pequeñas; y cuando hayas logrado laboriosamente tu tarea diaria, ve a dormir en paz. Dios está despierto.

—Victor Hugo (1802–1885)

La mayoría de los términos bíblicos que se refieren a la paciencia indican que es

un atributo que tiene las botas puestas: trabajando activamente y perseverando hacia un fin que honre a Dios. Trabaja mientras espera. Sin embargo, algunas de las palabras en los idiomas originales nos recuerdan que la paciencia piadosa implica más que soportar el paso del tiempo. También significa esperar en Dios en tiempos de graves problemas. Conlleva una actitud de fe de que Dios tiene el control, así que podemos llevarle nuestras ansiedades. William Wilberforce demostró la obra ardua y perseverante de la paciencia. La actitud de John Milton hacia su ceguera «inoportuna» nos demuestra la actitud piadosa de la humildad gentil que debemos tener cuando todo lo que podemos hacer es esperar.

SU MÁXIMO SIGNIFICADO

La obra de teatro *Esperando a Godot*, escrita en 1955 por el dramaturgo y existencialista Samuel Beckett, es considerada por algunos críticos literarios como la obra que definió el siglo XX. Presenta a dos hombres que están esperando a una persona aparentemente importante, pero no identificada, llamada Godot que nunca llega. Los personajes desperdician su tiempo reflexionando en la aparente falta de significado de la existencia humana. Y el hecho de que la esperada persona nunca llega encaja bien. Al final del primer acto, uno de los personajes dice: «Y bien, ¿nos vamos?». El otro consiente. Pero cuando baja el telón, se ve que no se están moviendo: siguen esperando. Este drama filosófico es un cuadro de la desesperación de una

humanidad que simplemente existe sin significado ni propósito. Esto, por supuesto, es la conclusión primordial de la filosofía del existencialismo popular de los años 50, y más o menos fundamental al postmodernismo actual.

Aunque toda la obra es sobre la espera, nadie caracterizaría la conducta de los dos personajes como paciente. La verdadera paciencia implica esperar, pero no es sólo esperar; es esperar con propósito. Aunque Beckett afirmó que el «Godot» a quien se espera en su obra no simbolizaba a Dios, el centro universal del existencialismo es la incertidumbre acerca de la existencia de Dios. Sin embargo, la paciencia, en su centro mismo, es fe en la existencia, la compasión y las promesas de Dios. Del primer libro hasta el último, la Biblia nos ofrece vislumbres de la paciencia fiel —la espera de Dios— por parte de personas que confiaban en Él y en su

Palabra. Dichas personas determinaron perseverar y soportar hasta el final porque Dios está ahí y es bueno.

Las palabras para paciencia tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y los ejemplos de paciencia indican que esta virtud tiene dos patas: el *aguante* y la *perseverancia*. Estos aspectos reflejan dos importantes realidades acerca de la paciencia. La paciencia, en algunos casos, se queda quieta con la firme resolución de aferrarse a la verdad. Ese aguante paciente caracterizó la vida del apóstol Pablo. Pablo estuvo encarcelado varias veces (véase Hechos 16), y en aquellos tiempos, poco podía hacer aparte de esperar por fe que Dios actuara.

Sin embargo, Pablo también tenía la otra pata de la paciencia, la de la perseverancia. La perseverancia es la paciencia en movimiento. Caracteriza a los que activamente siguen

en una obra a la que están convencidos que Dios los ha llamado. Sin embargo, tal vez más significativa sea la perseverancia en un trabajo cotidiano que parece, superficialmente, tener poco propósito piadoso. Es seguir con la vida fielmente, confiando en que si uno hace la obra honestamente y bien con una buena actitud y un espíritu amable, en realidad está sirviendo a Dios.

Un ejemplo bíblico excelente de una paciencia así es José (Génesis 37–50). La historia de José es una de las narrativas más largas y dramáticas de la Biblia. Después de haber sido vendido como esclavo por sus crueles y conspiradores hermanos, fue transportado a Egipto, adonde sufrió, como el Hamlet de Shakespeare, «las hondas y flechas de la escandalosa fortuna».

Si alguien tenía razón para volverse amargado, anidar odio y perder la fe en Dios, era José. Uno podía en verdad

ver a José pronunciar el famoso soliloquio existencial de Hamlet, «ser o no ser», en el cual el perturbado danés pondera si matarse o no a causa de «los azotes y escarnios del tiempo». Hamlet enumera las mismas dificultades padecidas por José: «El mal del opresor, [los insultos] del orgulloso, [...] el retraso de la ley, la insolencia del puesto y los desprecios» que inmerecidamente vienen sobre el que no puede más que soportarlo pacientemente.

La belleza de la historia de José es que a diferencia de la de Hamlet, es verdad. Al final, la fe y la esperanza de José en Dios eran más firmes que nunca. Él no decidió procurar venganza. No negó su fe en Jehová ni se resignó a un destino miserable y un final amargo. Aunque debe haber experimentado profundas y oscuras etapas del alma, no terminó desesperado. Más bien, una y otra vez ofreció su vida a Dios. A través de una serie de reveses terribles

confió en su Padre celestial, incluso en el servicio de gobernadores y gobiernos paganos. Y Dios bendijo a José por su fe y paciencia de maneras que él nunca pudo haber imaginado: la posterior salvación de toda su familia y la perpetuación de la promesa de Dios a Abraham de hacer de él una gran nación que bendeciría a las naciones del mundo.

***La verdadera
paciencia está
anclada en la
esperanza.***

Piénselo. La práctica de la perseverancia paciente de un joven en circunstancias aparentemente imposibles, hace unos 3.000 años, a la larga nos bendijo a usted y a mí. Su esperanza es ahora nuestra esperanza. José fue honrado a la larga en el salón de la fe que se

encuentra en Hebreos 11, una lista de santos de Dios que perseveraron y soportaron con paciencia toda prueba imaginable... porque tenían esperanza. Ellos sabían (tal como Jesús nos instruyera más tarde a orar) que el reino de Dios vendría y que su voluntad sería hecha «así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). El pleno significado de sus vidas ejemplares fue resumido por el escritor de Hebreos después que presentara su lista de los fieles:

Por tanto, puesto que tenemos en derredor nuestro tan gran nube de testigos, despojémonos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, menospreciando la

*vergüenza, y se ha
sentado a la diestra
del trono de Dios
(Hebreos 12:1-2).*

La verdadera paciencia está anclada en la esperanza. Y nuestra esperanza está cimentada no sólo en la muy atestiguada vida, muerte y resurrección de Jesucristo sino también en la promesa de su regreso. El filósofo francés Vauvenargues lo dijo simplemente: «La paciencia es el arte de esperar». Esta verdad fue afirmada elegantemente por otro escritor inglés acerca del cual aprendí cuando mi profesor de literatura en la secundaria nos introdujo a Edward Bulwer-Lytton, un novelista del siglo XIX que dijo: «Hay una forma de esperanza que siempre es sabia, y que ciertamente no disminuye con el aumento del conocimiento. En esa forma cambia de nombre, y la llamamos paciencia» (*The New Dictionary of Thoughts, Standard Book*

Company, 1966, p.296).
El escritor de la Carta a los Hebreos nos dio la esencia de esa esperanza:

Porque Dios no es injusto como para olvidarse de vuestra obra y del amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido, y sirviendo aún, a los santos. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para alcanzar la plena seguridad de la esperanza, a fin de que no seáis indolentes, sino imitadores de los que mediante la fe y la paciencia heredan las promesas. Pues cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por uno mayor, juró por sí mismo, diciendo: Ciertamente te bendeciré y ciertamente te multiplicaré. Y así, habiendo esperado con paciencia, obtuvo la promesa. Porque los hombres juran por uno mayor que ellos mismos, y para ellos un juramento

dado como confirmación es el fin de toda discusión. De la misma manera Dios, deseando mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su propósito, interpuso un juramento, a fin de que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, seamos grandemente animados los que hemos huido para refugiarnos, echando mano de la esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como ancla del alma, una esperanza segura y firme, y que penetra hasta detrás del velo, donde Jesús entró por nosotros [...] (Hebreos 6:10-20).

Santiago, el hermano de Jesús, también hizo incapie en la esperanza en Cristo que es la base de nuestra fe y la razón de nuestra paciencia:

Por tanto, hermanos, sed pacientes hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el fruto

precioso de la tierra, siendo paciente en ello hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Sed también vosotros pacientes; fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca (Santiago 5:7-8).

Puesto que los apóstoles habían conocido personalmente al Hijo de Dios, habían recibido pan y vino de sus manos, experimentaron su compasión sacrificial, tocaron sus heridas y vieron cumplidas las predicciones de los profetas judíos, estos primeros seguidores de Cristo no quedaron en un dilema existencial acerca de Aquel a quien buscaban con expectación. No era a Godot a quien esperaban; era a Dios encarnado, el que viene para «la restauración de todas las cosas» (Hechos 3:19-21). La paciencia no es una espera desesperada en duda, sino una espera confiada con esperanza.

COMPAÑEROS DE LA PACIENCIA

Si no aprendemos nada más en la Biblia acerca de la paciencia aparte de la buena compañía que por lo general tiene, eso en sí mismo sería profundo. Una de las verdades más significativas acerca de la paciencia es que se encuentra en varias «listas de honor» de las Escrituras, listas de cualidades piadosas del carácter que la gente que vive bajo la influencia del Espíritu Santo debe poseer. Tal vez la que mejor se conozca sea la lista de actitudes y comportamientos que caracterizan al seguidor de Cristo que está actuando en el poder del Espíritu. Al escribir a la iglesia de Galacia, Pablo primero destacó las características que definen a los que «no heredarán el reino de Dios». Los puso en oposición a los atributos que

identifican a los verdaderos seguidores de Cristo, los herederos máximos del reino:

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5:22-23).

Aunque este recuento de atributos honorables viene fácilmente a la mente de los que están familiarizados con las Escrituras, existen otras listas menos conocidas que nos revelan la alta estima en la que Dios tiene a la paciencia, ya sea la Suya o la nuestra. A continuación algunos pasajes sobre la paciencia que acompañan a la bondad de Dios, su disposición a perdonar y su compromiso con la justicia:

El amor sea sin hipocresía; aborreciendo lo malo, aplicándoos a lo bueno. Sed afectuosos unos con otros con amor fraternal; con honra, daos preferencia unos a otros; no seáis

perezosos en lo que requiere diligencia; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor, gozándoos en la esperanza, perseverando en el sufrimiento, dedicados a la oración, contribuyendo para las necesidades de los santos, practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan y llorad con los que lloran. Tened el mismo sentir unos con otros; no seáis altivos en vuestro pensar, sino condescendiendo con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión (Romanos 12:9-16).

Por esta razón, también nosotros, desde el día que lo supimos, no hemos cesado de orar por vosotros y de rogar que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y comprensión espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en

todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria, para obtener toda **perseverancia** y **paciencia**, con gozo dando gracias al Padre que nos ha capacitado para compartir la herencia de los santos en luz (Colosenses 1:9-12).

Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, por el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y se torturaron con muchos dolores. Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la **perseverancia** y la amabilidad (1 Timoteo 6:10-11).

Pero en cuanto a ti, enseña lo que está de acuerdo con la sana doctrina. Los ancianos deben ser sobrios, dignos, prudentes,

*sanos en la fe, en el amor,
en la **perseverancia**
(Tito 2:1-2).*

Pablo nos dio una lista impresionante de virtudes cristianas que acompañan a la paciencia: amor, gozo, paz, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio, autenticidad, afecto, amistad, inocencia, humildad, laboriosidad, abnegación, fervor espiritual, esperanza, piedad, caridad, hospitalidad, empatía, solidaridad, afabilidad, gratitud, justicia, piedad, sobriedad, reverencia, templanza, ortodoxia.

***La paciencia con
los demás es amor.***

***La paciencia
con uno mismo
es esperanza.***

***La paciencia con
Dios es fe.***

—Adel Bestavros

Nuestro Señor y sus seguidores del primer siglo consideraban que la paciencia era un rasgo del carácter definitorio en aquellos que afirmaban ser Sus seguidores. Al entender de qué forma Jesucristo es la epítome del amor y la compasión, no debería sorprendernos descubrir que el amor muchas veces se define por medio de la paciencia. Como si hubiera sido para destacar esa verdad, Pablo usó los dos términos griegos comunes para la paciencia en su definición del amor para la perturbada iglesia de Corinto: paciencia con la gente y paciencia con las cosas y las circunstancias. El capítulo 13 de esta carta se considera una de las descripciones clásicas del amor, a menudo citado de la versión de la Biblia del rey Jacobo en libros de literatura inglesa. Especialmente significativos son los siguientes versículos:

El amor es paciente, es bondadoso; el amor no

tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante; no se porta indecorosamente; no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido; no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser (1 Corintios 13:4-8).

Dicho simplemente, ser paciente es la manera de decir con la conducta: «Te amo».

LAS PRUEBAS DE LA PACIENCIA

Cuando llegamos a aprender que la paciencia es un aspecto del amor edificado sobre los pilares del aguante y la perseverancia nos damos cuenta de que es una virtud esencial para vivir en un mundo caído en una tierra maldita. Muchos traductores de la Biblia [al inglés] han

escogido correctamente la expresión que literalmente significa «sufrimiento largo» como el término más preciso simbólicamente para la paciencia. En un mundo perfecto, como el que experimentaron Adán y Eva, la paciencia no tendría sentido. Estaríamos viviendo en un estado de satisfacción perpetua sin luchas ni dolor. Uno no «aguanta» una experiencia gozosa y agradable. Tampoco «perseveramos» en una tarea que no ofrece desafíos.

Me parece fascinante que de los héroes de la fe enumerados en Hebreos 11, algunos demostraron una gran paciencia mientras que otros demostraron impaciencia.

Noé es un ejemplo primordial de paciencia. Su tarea de 120 años de edificar el arca tiene que ser uno de los ejemplos más asombrosos de perseverancia en la historia. Rodeado de una civilización maligna que se

había vuelto violenta e impía hasta el tuétano, debe haber recibido burlas sin fin.

Abraham y Sarah

también son mencionados en Hebreos 11. Algunos de los datos de sus vidas demuestran las terribles consecuencias de la impaciencia, aunque a la larga perseveraron por medio de la fe, y la creación prometida por Dios de un «pueblo escogido» especial se cumplió por medio de ellos.

La vida de **Moisés** ilustra tanto la impaciencia como la paciencia. Sin embargo, con todo Moisés demuestra una perseverancia y un aguante asombrosos... en cuotas de 40 años. Durante 40 años mantuvo su fe en el único Dios, Jehová, mientras era educado en las cortes de la politeísta Egipto. De hecho, fue su creencia en el Dios de los hebreos lo que motivó un acto costoso de impaciencia. Mientras agonizaba por la cruel cautividad de su pueblo, impulsivamente golpeó y

mató a un amo egipcio que estaba abusando de uno de los hebreos. José, su antepasado, había profetizado muchos años antes que Dios liberaría a los hijos de Israel y los llevaría de vuelta a la tierra prometida a Abraham (Génesis 50:24). De manera que Moisés pudo haber confiado pacientemente en esa predicción, permitiendo que el plan de Dios se manifestara en el tiempo de Dios. Puesto que no lo hizo pasó otros 40 años soportando el desierto de Madián cuidando ovejas. No tenemos ningún registro de que Dios se comunicara alguna vez con él directamente durante esos largos años. Así que cuando Dios entró dramáticamente en su vida en la zarza ardiente (Éxodo 3), Moisés ya había pasado muchos años en la escuela de la paciencia.

Cuando Dios pidió a Moisés que sacara a su pueblo de Egipto y lo llevara a la Tierra Prometida,

Moisés descubrió al poco tiempo que todavía seguía «en la escuela». En vez de graduarse a una vida de comodidades, Moisés tuvo que soportar otros 40 años de extremas pruebas, dificultad y sufrimiento. Durante esos años, Moisés recibió más lecciones en paciencia —e impaciencia— de las que quiso jamás. Su frustración con los hebreos ha sido registrada para nosotros en varios lugares. Una que se destaca es su irritación por su falta de fe en que Dios les suministraría el agua que ellos necesitaban:

*Entonces el pueblo
contendió con Moisés,
y dijeron: Danos agua
para beber. Y Moisés les
dijo: ¿Por qué contendéis
conmigo? ¿Por qué
tentáis al SEÑOR?
(Éxodo 17:2).*

La Biblia en inglés Amplified Bible traduce la palabra hebrea para «tentáis» como «prueban la paciencia de». Uno podría decir que la

impaciencia de los hebreos probaba constantemente la paciencia tanto de Moisés como de Jehová. Profetas posteriores comentaron sobre la falta de paciencia demostrada por el pueblo de Israel, impaciencia que a menudo condujo al juicio de Dios. Una y otra vez hablaban de la paciente compasión de Dios con su pueblo obstinado y rebelde, pero también con la advertencia de que su paciencia no duraría para siempre.

El rey David de Israel comprendió bien en sus reflexivos momentos y articuló de manera hermosa la importancia de la paciencia:

*Confía callado en el
Señor y espéralo con
paciencia; no te irrites a
causa del que prospera
en su camino, por el
hombre que lleva a cabo
sus intrigas. Deja la ira y
abandona el furor; no te
irrites, sólo harías lo malo
(Salmo 37:7-8).*

Tal vez sea esta comprensión lo que ayudó a promover a David al cuadro de honor de la fe en Hebreos 11:

¿Y qué más diré? Pues el tiempo me faltaría para contar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefé, David, Samuel y los profetas; quienes por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, obtuvieron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada; siendo débiles, fueron hechos fuertes, se hicieron poderosos en la guerra, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron a sus muertos mediante la resurrección; y otros fueron torturados, no aceptando su liberación, a fin de obtener una mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y hasta cadenas y prisiones. Fueron apedreados, aserrados,

tentados, muertos a espada; anduvieron de aquí para allá cubiertos con pieles de ovejas y de cabras; destituidos, afligidos, maltratados (de los cuales el mundo no era digno), errantes por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas de la tierra (Hebreos 11:32-38).

El escritor de Hebreos concluyó sus comentarios acerca de estos héroes de la fe, la mayoría no nombrados, recomendando que los tuviéramos en mente siempre que tengamos que soportar dificultades, señalando finalmente al ejemplo máximo de Jesús:

Considerad, pues, a aquel que soportó tal hostilidad de los pecadores contra sí mismo, para que no os canséis ni os desaniméis en vuestro corazón (Hebreos 12:3).

El rey David lo resumió de esta forma:

Al SEÑOR esperé pacientemente, y Él se

inclinó a mí y oyó mi clamor. Me sacó del hoyo de la destrucción, del lodo cenagoso; asentó mis pies sobre una roca y afirmó mis pasos. Puso en mi boca un cántico nuevo, un canto de alabanza a nuestro Dios; muchos verán esto, y temerán, y confiarán en el SEÑOR (Salmo 40:1-3).

La mayor motivación para la paciencia está contenida en estas palabras de ese gran salmista. Como seguidores de Jesús, a veces vamos a tener que sufrir mucho. Nos van a interpretar mal. Personas que no tienen principios se van a aprovechar de nosotros. Sin embargo, en todo ello, se nos dirige a permanecer firmemente en las dos patas de la paciencia: el aguante y la perseverancia. Y no olvide que cuando esperamos al Señor pacientemente por medio de la persecución, el dolor, la depresión, el aburrimiento y las circunstancias problemáticas,

podríamos estar llevando a otros a Cristo sin saberlo. La práctica de la paciencia es a veces un acto de evangelización.

CONSECUENCIAS DE LA IMPACIENCIA

Nuestra presentación hasta este momento puede haber dejado la impresión de que la paciencia es una gran y noble virtud que se necesita únicamente en los momentos más extremos y difíciles de nuestra vida. Pero la verdad es que la paciencia es una virtud práctica de todos los días, virtud que tenemos que practicar sobre todo en maneras pequeñas y casi imperceptibles. Lamentablemente, el significado sencillo de la paciencia a menudo se demuestra dramáticamente por medio de nuestros actos de impaciencia.

Casi todos nosotros nos hemos afligido por actos de impaciencia que han tenido terribles consecuencias. Hace muchos años, cuando mis hijos todavía eran pequeños, yo me quedé pasmado al escuchar las noticias de la muerte trágica de una vecina. Ella también era madre de niños pequeños. Una mañana, mientras se dirigía al trabajo, salió manejando de nuestro tranquilo vecindario hacia una autopista muy transitada. Otro auto la golpeó y la mató, pues no esperó como debió haberlo hecho. Sin embargo, igual que muchos de nosotros llevaba prisa y no se tomó el tiempo de juzgar la velocidad del auto que se movía en dirección suya. ¡Qué pérdida tan involuntaria sufrió! ¡Qué angustia emocional tan horrible tuvieron que soportar los hijos y el esposo que la sobrevivieron! Lo único que preguntaban era: «¿Por qué? ¿Cómo pudo un acto tan

común de impaciencia haber tenido resultados tan trágicos?»

Claro que la mayoría de nuestros actos de impaciencia no tienen resultados tan instantáneos. Pero todos tienen consecuencias, y muchas de ellas afectan negativamente nuestras relaciones con los demás. El reformador Juan Calvino confesó una vez con dolor: «Mis luchas no son mayores contra mis vicios, los cuales son muy grandes y numerosos, que contra mi impaciencia; y mis esfuerzos no son totalmente inútiles. Sin embargo, no he podido vencer todavía a ese feroz animal» (*John Calvin—His Life, His Teaching, & His Influence* [Juan Calvino: Su vida, su enseñanza y su influencia], por William Wileman).

Tal vez si nos preguntamos qué significa nuestra impaciencia tendremos un mejor control de la paciencia. Al mirar mi propia vida veo mis actos de impaciencia

motivados por estos pensamientos egoístas:

- «Mi tiempo es más importante que tu tiempo».
- «¿No te das cuenta de que tu lentitud me irrita?».
- «¡Vamos! Tengo cosas que hacer». En otras palabras, «mis actividades son más importantes que las tuyas».
- «Si no me apuro me voy a perder de algo que es importante para mí».
- «No tengo tiempo de lidiar con tu problema».
- «Esta espera es incómoda para mí».
- «Me estás impidiendo hacer algo».
- «Tengo que hacer esto rápido porque quiero hacer otras cosas».
- «La obra de Dios debe hacerse ahora y soy el único que la hace».

En el fondo, la impaciencia es uno de los principales rasgos del egocentrismo. Y el egocentrismo es una marca de inmadurez. No nos sorprende que los niños quieran lo que

quieren cuando lo quieren, pero esperamos que los adultos hayan madurado hasta el punto en que estén dispuestos a esperar y a dar de su tiempo para satisfacer las necesidades de los demás.

Lamentablemente, vivimos en una sociedad que muchas veces no sabe esperar. Nuestra generación se ha vuelto la generación de lo instantáneo («Lo quiero ahora mismo»). Nos hemos acostumbrado tanto a la autogratificación inmediata que hemos perdido nuestro aprecio por el don de la paciencia. Tendemos a vivir como niños que esperan con ansias la Navidad, hecho señalado por la poetisa irlandesa Mary Tighe: «O, ¡cómo se gana el alma la impaciencia cuando la hora de gozo largamente prometida se acerca! ¡Qué lentos parecen pasar entonces los momentos dilatorios!» (*The New Dictionary Of Thoughts, Standard Book Company, 1966, p.296*).

Doy gracias a Dios por permitirme vivir lo suficiente como para mirar atrás y ver lo poco que he logrado con mi impaciencia. No sólo no logra la impaciencia lo que quiero, la mayoría de las veces, sino que a menudo destruye mi gozo al conseguirlo. La impaciencia incluso convierte las cosas negativas necesarias en cosas peores.

Jeremy Taylor, el obispo inglés del siglo XV, señaló: «La impaciencia convierte un escalofrío en fiebre, una fiebre en una plaga, el temor en desesperación, la ira en rabia, la pérdida en locura, y la tristeza en frenesí» (ibid., p.295).

George Horne, un obispo de tiempos posteriores, agregó: «La adversidad toma prestado su aguijón más afilado de nuestra impaciencia» (ibid., p.296).

A continuación una lista de consecuencias comunes de la impaciencia a la que pueden agregar fácilmente, sin duda alguna,

los que han sufrido bajo su control impetuoso:

- Una muerte a destiempo
- Dolor físico y sufrimiento
- Sueños destrozados
- Relaciones personales perturbadas
- Atrofia del crecimiento del carácter
- Integridad manchada
- Desagrado de Dios
- Pérdida de lo mejor del amor de Cristo
- Pérdida de lo mejor por buscar un placer inmediato

La última consecuencia en la lista me recuerda los dichos nítidamente escritos pegados cerca del frente de todas las aulas de clase en la universidad cristiana a la cual asistí. Después de ver esas sabias máximas hora tras hora y año tras año, asimilé muchas de ellas. Creo que todavía puedo citarlas todas después de unos 40 años. Una en particular se me ha quedado grabada: «No sacrifiques lo permanente en el altar de lo inmediato».

Si hay algo que la impaciencia hace es que a menudo desiste de lo que es duradero y significativo por lo que es pasajero y relativamente insignificante. Ese punto lo ilustró gráficamente para mí cuando yo era un joven, el pastor Charlie Shedd en su famoso libro sobre sexo titulado *The Stork is Dead* [Murió la cigüeña], el cual escribió para jóvenes cristianos.

***No sacrifiques
lo permanente
en el altar de lo
inmediato.***

Charlie escribió sobre su experiencia cuando era niño y crecía en el sur de los Estados Unidos sembrando cacahuates. Puesto que los cacahuates son tubérculos que crecen en las raíces debajo de la tierra, no se puede ver lo bien que se están desarrollando. Como era un

niño impaciente, decidió desenterrarlos para ver cómo iban. Pues... iban muy bien. Así que los enterró de nuevo en el hoyo y apisonó la tierra para hacerla firme. Más o menos un mes después fue a cosecharlos. ¡Cuánto se decepcionó! Muchos de los cacahuates habían muerto y el resto estaba atrofiado y tenían mala forma.

«Eso sucede con las relaciones sexuales prematrimoniales» —escribió Charlie. De hecho, eso es una imagen de las consecuencias que le siguen a casi todo acto de impaciencia.

El científico y filósofo inglés Francis Bacon reconoció el peligro extremo de la impaciencia. Dijo: «Al que le falta paciencia no posee su alma». Puesto que era un seguidor de Cristo, Bacon, sin duda, estaba recordando las palabras de Jesús a sus discípulos acerca de los postreros días:

*Pero seréis entregados
aun por padres, hermanos,*

parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Sin embargo, ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas (Lucas 21:16-19).

RECOMPENSAS DE LA PACIENCIA

Ya que la paciencia es un atributo tan valioso para el siervo de Dios, se encuentra por todas partes en las Escrituras. A veces la vemos en los fracasos y las pérdidas creados por la impaciencia humana. Pero más comúnmente la encontramos caracterizada por sus recompensas. Considere lo siguiente:

La paciencia lleva a beneficios terrenales.

«Y el SEÑOR restauró el bienestar de Job cuando éste oró por sus amigos; y el

SEÑOR aumentó al doble todo lo que Job había poseído» (Job 42:10).

La paciencia nos proporciona un final mejor que el presente.

«Mejor es el fin de un asunto que su comienzo; mejor es la paciencia de espíritu que la altivez de espíritu» (Eclesiastés 7:8). «[Dios] [...] pagará a cada uno conforme a sus obras: a los que por la perseverancia en hacer el bien buscan gloria, honor e inmortalidad: vida eterna» (Romanos 2:6-7).

La paciencia nos permite dar fruto de las semillas de la fe.

«Pero la semilla en la tierra buena, éstos son los que han oído la palabra con corazón recto y bueno, y la retienen, y dan fruto con su perseverancia» (Lucas 8:15).

La paciencia se gana la aprobación de Dios.

«Al SEÑOR esperé pacientemente, y Él se inclinó a mí y oyó mi clamor» (Salmo 40:1). «Pues ¿qué mérito hay,

si cuando pecáis y sois tratados con severidad lo soportáis con paciencia? Pero si cuando hacéis lo bueno sufrís por ello y lo soportáis con paciencia, esto halla gracia con Dios» (1 Pedro 2:20).

La paciencia nos hace buenos ejemplos para los demás. «De manera que nosotros mismos hablamos con orgullo de vosotros entre las iglesias de Dios, por vuestra perseverancia y fe en medio de todas las persecuciones y aflicciones que soportáis» (2 Tesalonicenses 1:4).

La paciencia perfecciona nuestro carácter. «Y que la paciencia ha de tener su perfecto resultado, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada» (Santiago 1:4).

La paciencia da salud a nuestra alma. «Con vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas» (Lucas 21:19).

La paciencia nos da esperanza. «Porque todo

lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza» (Romanos 15:4).

La paciencia nos da poder de Dios.

«Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria, para obtener toda perseverancia y paciencia, con gozo» (Colosenses 1:10-11).

La paciencia nos permite heredar las promesas de Dios. «Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para alcanzar la plena seguridad de la esperanza, a fin de que no seáis indolentes, sino imitadores de los que mediante la fe y la paciencia heredan las promesas» (Hebreos 6:11-12).

SU MÁXIMA ESPERANZA

El apóstol Juan, conocido en la Biblia como «el apóstol a quien Jesús amaba», vivió muchos de sus años posteriores encarcelado en la rocosa isla de Patmos en el mar Egeo. Las fotos que he visto de esta isla escarpada y remota me han ayudado a formar la imagen que tengo en la mente del viejo discípulo de Jesús soportando tranquilamente su aislamiento forzado, deambulando por costas escarpadas y hermosas, mirando por encima de las impresionantes y azules aguas en dirección a Jerusalén a varios cientos de kilómetros al sudeste. Sin duda alguna, gran parte de su tiempo al principio lo pasó recordando los acontecimientos que llevaron a la crucifixión y resurrección del Señor Jesús, a quien él amaba tanto. Habían pasado muchos años, y Juan se había

agotado por el sufrimiento y el dolor soportado para divulgar la palabra de la que él y sus amigos habían sido testigos. Me lo imagino escribiendo estas palabras, las cuales a la larga llegaron a estar en la Biblia:

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús, me encontraba en la isla llamada Patmos, a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús (Apocalipsis 1:9).

El aguante con paciencia y la perseverancia habían caracterizado su vida y la vida de sus hermanos y compañeros, tal como habían caracterizado la vida de Cristo. Pero el relato que Juan estaba a punto de escribir y de enviar a las iglesias en el Asia Menor directamente al este de su aislada isla era sorprendentemente distinto de las cartas que había escrito antes acerca de cómo vivir y

andar en el amor y la paciencia de Jesucristo (las tres epístolas de Juan). La última visión que Juan tuvo del Hijo de Dios tantos años antes fue la de un Siervo humilde, perseverante, siendo recibido en el cielo por Dios el Padre. Eso fue 10 días antes de que todos los discípulos fueran visitados por Dios Espíritu Santo. Juan, de hecho, había estado adorando en ese mismo Espíritu el Día del Señor cuando de repente fue visitado por su Maestro de antaño. Sin embargo, esta vez no fue un Siervo manso y suave lo que vio. Fue a su glorioso Salvador conquistador. Juan escribió su visión:

Y me volví para ver de quién era la voz que hablaba conmigo. Y al volverme, vi siete candeleros de oro; y en medio de los candeleros, vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y ceñido

por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos eran como llama de fuego; sus pies semejantes al bronce bruñido cuando se le ha hecho refluir en el horno, y su voz como el ruido de muchas aguas. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos; su rostro era como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Cuando lo vi, caí como muerto a sus pies. Y Él puso su mano derecha sobre mí, diciendo: No temas, yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto; y he aquí, estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:12-18).

Jesús continuó hablando, dando a Juan sorprendentes visiones de los últimos días. Yo no sé cómo haya podido afectar después la vida de Juan esta aparición que

inspiraba asombro, pero una cosa creo que puedo decir con certeza: Juan llegó a entender que su continuación paciente en la fe valió todos

NUEVE REQUISITOS PARA VIVIR CONTENTOS:

- Suficiente salud como para que el trabajo sea un placer.
- Suficiente riqueza como para satisfacer tus necesidades.
- Fortaleza para luchar contra las dificultades y vencerlas.
- Suficiente gracia para confesar tus pecados y abandonarlos.
- Suficiente paciencia hasta que se logre algo bueno.
- Suficiente caridad como para ver algo bueno en nuestro prójimo.
- Suficiente amor como para hacer que seas útil y servicial a los demás.
- Suficiente fe como para hacer reales las cosas de Dios.
- Suficiente esperanza como para eliminar todos los temores ansiosos respecto al futuro.

—Goethe (1749–1832)

los azotes, las humillaciones, las ampollas, las gotas de sudor y todas las lágrimas que derramó en servicio al Salvador.

Si usted o yo hubiéramos estado allí hubiéramos llegado a la misma conclusión. ¡Qué agradecidos podemos estar de que todo lo que soportamos pacientemente en nuestra vida, nuestro mundo, nuestra obra para Cristo y nuestro amor por los demás recibirá la recompensa máxima dramáticamente registrada para nosotros en el último libro de la Biblia! «El que testifica de estas cosas dice: Sí, vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20).